



## Premios Nacionales

## LA SOMBRA DEL JOTE

Martín Amaro Peña González

Todos los fines de semana venía el abuelo a nuestra casa; él vivía en el Fundo San Roberto de propiedad de la familia Lyon. Ahí trabajaba el abuelo, era el jardinero y casi siempre le traía a nuestra madre alguna planta un poco exótica, diferente a las flores de los jardines de nuestros vecinos.

Cuando murió la abuela quedó solo y sus visitas a nuestra casa se hicieron más frecuentes.

Tenía un caballo alazán que solo él podía montar. A veces, parecía un caballo amaestrado; otras parecía estar poseído por el mismísimo diablo. Permanecía quieto hasta que alguien subía a su grupa, entonces empezaba a corcovear y saltar como un animal salvaje. O emprendía una veloz carrera hasta que el jinete saltaba por los aires, entonces volvía mansamente al lado del abuelo para que lo acariciara y lo montara. Ya arriba del caballo, el abuelo nos tomaba de la mano y con un envión perfecto nos subía al anca para dar un paseo hasta el río Cachapoal, distante a un par de kilómetros. Esto lo hacía con todos sus nietos, por eso esperábamos ansiosos el día domingo para salir con el abuelo.

Terminada la tarea dominical del abuelo, de pasearnos en su caballo, nos sentábamos a la mesa a disfrutar del almuerzo, una rica cazuela de ave preparada por nuestra madre. Mi padre, como recompensa, siempre le tenía reservada una botella de vino tinto que traía de las bodegas del Fundo La Torina y que el abuelo paladeaba lentamente con su infaltable cigarro de tabaco puro que liaba en un trozo de hoja de choclo.

Nosotros nos peleábamos por sentarnos en las rodillas del abuelo a escuchar sus fantásticos relatos del diablo, de apariciones de fantasmas, de duendes, de entierros de plata y oro, pero en esta oportunidad nos habló de la sombra del jote, esa ave de rapiña que al mirarla en las alturas parecía una pluma que se deja llevar por el viento: sin un movimiento de sus alas se desplaza velozmente por el cielo. “Es un ave maldita engendro del demonio”, nos dijo el abuelo; “cuando su sombra pasa sobre una persona, esta se muere antes del año. Su sombra es helada como la nieve y cala hasta los huesos de las personas, el cuerpo se empieza a enfriar y no hay remedio que haga volver el calor al cuerpo de esa persona, la que pierde el habla y muere lentamente, empalada de frío”.

Todavía me parece recordar las palabras del abuelo, y más aún cuando aquella tarde de primavera fuimos al potrero a buscar los terneros para llevarlos al corral. Íbamos con nuestro hermano menor, un niño de cinco años. Al llegar al potrero, vimos que revoloteaban a muy baja altura varios jotes; seguimos caminando y nos encontramos con un ternero muerto. Nuestro hermano corrió a espantar los jotes, los que volaron sobre nuestras cabezas y empezaron a girar en círculo. Sus sombras parecieron posarse sobre mi hermanito. Rápidamente nos alejamos arriando los terneros hasta el corral.

Cuando llegamos a nuestra casa, nuestro hermano chico sudaba una transpiración helada como la nieve. Lo acostaron envolviéndolo con la manta de Castilla del abuelo; el niño temblaba de frío. Mamá le preparó un agua de tilo con yerba de la plata bien caliente; la bebió hasta el último sorbo y cerró sus ojitos quedándose dormido. «Mañana amanecerá bien», pensamos todos, pero al otro día grande fue nuestra sorpresa, ya que nuestro hermano amaneció muerto.

Todos lloramos la muerte de este angelito. Papá y mamá nos interrogaban si había comido algo en el camino que le pudo haber causado la muerte. No mencionamos para nada lo de los jotes, solo al abuelo se lo contamos y él meneando su cabeza nos dijo: “Les advertí que había que tener cuidado con la sombra del jote”.

Martín Amaro Peña González

9 años

San Bernardo

Región Metropolitana

**Segundo lugar nacional**

**Primer lugar regional**